

CRONICA UNIVERSITARIA

NUEVO PROFESOR EXTRAORDINARIO DE LA FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES

Un sencillo acto, pero de significativas proyecciones, se realizó el 19 de Octubre en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, con motivo de la entrega del diploma de Profesor Extraordinario de Derecho Público Provincial y Municipal, al Dr. Carlos R. Melo.

La ceremonia se verificó en el aula de cuarto año, siendo presidida por el Interventor Delegado de la Facultad, doctor Pablo Mariconde, asistiendo numerosos profesores y la casi totalidad del curso. El Dr. Melo disertó en esta circunstancia sobre el tema "La elección de Gobernador en la Provincia de Córdoba", siendo calurosamente aplaudido al finalizar su brillante exposición, demostraciones que se repitieron al hacerle entrega el doctor Mariconde, del diploma que lo acredita en su condición de Profesor Extraordinario.

CONFERENCIA DEL PROFESOR DR. LUIS FIGUEROA ALCORTA

El 20 de Octubre en horas de la mañana, en la cátedra de Clínica Génito-Urinaria, pronunció una conferencia el Profesor de la Facultad de Medicina de Buenos Aires Dr. Luis Figueroa Alcorta, sobre "El cáncer de próstata". El aula magna del Hospital Na-

cional de Clínicas, donde se desarrolló el acto, se vió colmada por una numerosa como calificada concurrencia, que siguió con verdadero interés los distintos pasajes de la disertación del distinguido visitante.

SESION DE APERTURA DEL TERCER CONGRESO ARGENTINO DE OFTALMOLOGIA

En el severo recinto del Salón de Grados de la Universidad, se realizó el 25 de Octubre pasado, la solemne sesión de apertura del Tercer Congreso Nacional de Oftalmología.

Un público numeroso llenaba completamente el amplio salón, asistiendo además gran cantidad de delegados a dicho Congreso.

Presidió la ceremonia el Interventor Federal en la Provincia General D. Alberto Guglielmone, quien tenía a su derecha al Interventor de la Universidad Dr. Lisardo Novillo Saravia, y al Presidente del Congreso Dr. Alberto Urrets Zavalía, y a su izquierda al Ministro de Gobierno Mayor D. Raúl Tassi y al Interventor Delegado de la Facultad de Ciencias Médicas, Dr. José Clemente Lascano. Ocuparon otros sitios de preferencia los delegados de las Facultades de Medicina, de Buenos Aires, Dr. Raúl Argañarás; de Rosario, Dr. Carlos Weskamp; de Montevideo, Dr. A. Vázquez Barriere y de Porto Alegre, Dr. Ivo Correa Meyer.

En primer término ocupó la tribuna, para dar la bienvenida a los congresales, el Interventor de la Universidad Dr. Lisardo Novillo Saravia, quien pronunció un enjundioso discurso, siguiéndole en el uso de la palabra, el Presidente del Congreso, Dr. Alberto Urrets Zavalía. Ambos oradores fueron sumamente aplaudidos al finalizar.

Asimismo disertaron, el Interventor de la Facultad de Ciencias Médicas Dr. José Clemente Lascano; el delegado de la Facultad de Medicina de Buenos Aires, Dr. Raúl Argañaraz; el de la Facultad de Medicina de Rosario, Dr. Carlos Weskamp; el del Patronato Nacional de Ciegos, Dr. Amadeo Natale; el de la Asociación Médica Argentina, Dr. Jorge Malbrán; los delegados de las

Facultades de Medicina, de Montevideo, Dr. Alberto Vázquez Barreire; de La Paz, Dr. Luis Landa Lyon; de Asunción, Dr. Jorge Cudas Thompson y el de la Escuela Paulista de Medicina, Dr. Ivo Correa Meyer.

Terminada la sesión, los congresales pasaron a los salones del rectorado, donde cumplieron al Interventor de la Universidad, agradeciéndole la valiosa colaboración prestada por la Casa para el mejor éxito de los actos realizados.

CONFERENCIA DEL ARQUITECTO ANGEL T. LO CELSO

El 28 de Octubre pasado, en el Salón de Actos de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, pronunció una conferencia el Profesor Arquitecto Angel T. Lo Celso, auspiciada por el Instituto de Humanidades de la Universidad.

El Profesor Lo Celso se refirió al tema "La vida de Jesús a través del Arte" e ilustró su exposición con interesantes proyecciones luminosas. Su palabra fué escuchada con singular atención por parte del numeroso como calificado auditorio, siendo calurosamente aplaudido al dar término a su brillante disertación.

CENA DE DESPEDIDA DE LOS BACHILLERES DEL MONSERRAT

En el marco siempre severo y tradicional de sus arcadas centenarias, el histórico Colegio Nacional de Monserrat, despidió el 31 de Octubre pasado, en la clásica fiesta que sus directores y profesores ofrecen en esa fecha, a los jóvenes bachilleres de la promoción de 1944 que, tras de cumplir el ciclo secundario de seis años de estudios humanistas, se alejan de él para ingresar a las aulas de la Universidad.

El acto adquirió brillantes relieves, contando con la asistencia del Vice-Presidente de la República, Coronel D. Juan D. Perón, invitado especialmente, y quien se encontraba en Córdoba a

fin de presenciar en su calidad de Ministro de Guerra, las fases finales de las maniobras de nuestro ejército, realizadas en la Pampa de Olaén. Asimismo asistieron otras autoridades nacionales, provinciales, eclesiásticas, militares, etc., que previamente y en compañía del Interventor de la Universidad, se habían reunido en los Salones del Rectorado y Consejo Superior Universitario. También se hizo presente un calificado grupo de militares extranjeros, que habían acompañado en su jira al Coronel Perón.

Luego, una delegación de bachilleres invitó a las autoridades a concurrir al Colegio, prestándoles escolta hasta los portales del mismo, donde aguardaban el Rector del Instituto, Ing. Rafael Bonet, el Vice-Rector, Dr. Valeriano G. Torres, Regente, Dr. Ricardo Revol y numerosos profesores.

Cambiados los saludos de práctica, el Vice Presidente de la Nación se dirigió hacia el nicho donde se guarda la venerada imagen de la Patrona del Colegio, Nuestra Señora de Monserrat, para de allí subir acompañado de su comitiva, al Salón de Fiestas del Establecimiento. Éste presentaba un aspecto magnífico, ya que había sido artísticamente ornamentado. Sobre la cabecera se hallaba colocado un dosel azul y blanco, que ostentaba en su centro un gran Escudo Nacional; de las paredes pendían gallardetes con los colores y las armas del ilustre Fundador, Dr. Ignacio Duarte y Quirós. Asimismo una profusa decoración floral sobre las mesas, daba al ambiente un colorido singular.

La entrada de las autoridades fué saludada con una salva de aplausos por parte de los bachilleres que de antemano se habían congregado alrededor de las mesas, quienes de inmediato, entonaron una "Salutación" acompañados por la Orquesta Sinfónica de la Provincia.

Presidió el banquete, el Vice-Presidente de la República, Coronel Juan D. Perón, que tenía a su derecha al Interventor de la Universidad, Dr. Lisardo Novillo Saravia y a su izquierda al Interventor Federal de la Provincia, General D. Alberto Guglielmo. Los restantes sitios de la cabecera fueron ocupados por el Rector del Colegio Ing. Rafael Bonet; el Excmo. y Rdmto. Señor Arzobispo de Córdoba, Monseñor Dr. Fermín E. Laffite; el Pre-

sidente del Superior Tribunal de Justicia, Dr. Raúl A. Orgaz; los generales de brigada, Fortunato Giovannoni, Víctor Majó, Julio A. Sarmiento, Osvaldo B. Martín, Lorenzo Yódice y Ernesto Florit; los militares extranjeros, Coronel Kennet Cayenah, de Estados Unidos de Norte América; Coronel Urizar, de Chile; Coronel Fernández Marco, de España; Coronel Espíndola, del Paraguay y Mayor Prudencio, de Bolivia; los delegados Interventores de las tres Facultades, Ministros del Poder Ejecutivo de la Provincia, Comisionado Municipal, miembros de la comitiva del señor Vice-Presidente y otras personalidades.

Asistieron también los rectores y directores de los demás institutos de enseñanza secundaria de esta ciudad, los de los incorporados al Monserrat y el cuerpo docente del Colegio.

El banquete transecurrió en un grato ambiente, alternándose la orquesta con los coros del Colegio en diversas interpretaciones. A los postres, usó de la palabra, con el objeto de despedir a los jóvenes egresados, el Rector del Colegio, Ing. Rafael Bonet, cuyo discurso, en sus diversos pasajes, fué calurosamente aplaudido. A continuación y en nombre de los bachilleres, pronunció breves palabras el alumno José A. Sosa Castellanos; sus expresiones fueron también subrayadas por prolongadas muestras de aprobación.

Terminada la cena, las autoridades, acompañadas hasta las puertas de acceso, fueron despedidas por el Rector del Colegio y la comisión de recepción.

DISCURSO DEL ING. RAFAEL BONET

“Tengo el honor de presentaros el saludo de esta ilustre Universidad, en nombre del señor Interventor, en el mío propio y en nombre del cuerpo docente de este venerable Colegio de Monserrat.

El genio militar más excelso de la latinidad, Cayo Julio César, distraía con complacencia y con fruición de nobilísimo artista, su mirada conquistadora en los ocios escasos que le concedía la vida del campamento, reuniendo en su torno a las figuras más in-

teresantes y promisorias del pensamiento latino, y alentando esa verdadera energía nacional que es la literatura. Interpretamos de esa manera vuestra asistencia a este acto y os atribuimos el augurio de que estos bachilleres se aprestan a dar a la Patria con la toga, el brillo y la gloria que los soldados le brindan con las armas.

Hoy cerramos un eslabón más en la cadena sin término de la cultura. Hoy, profesores y bachilleres, alumnos ayer de este gran Colegio, signan en esta reunión, auspiciada y presidada por el señor Interventor de la Universidad la página de la vida y de los deberes.

Hubiera deseado disponer, en este momento, del poder de crear como en edades antiguas, un rito de profundo sentido fraterno que armonizase con la atmósfera de esta hermosa ceremonia que es ya una institución en nuestro Colegio; rito que fuese capaz de consolidar en los espíritus jóvenes a quienes la vida los principia a apartar, la permanencia de ese vínculo de hermandad, de unidad de amor, que el prodigio del aula con sus penas, sus esperanzas, sus anhelos, sus inquietudes, sus satisfacciones, engendró en las almas de vosotros profesores y alumnos en el cotidiano cumplimiento de sagrados deberes, al influjo del alma de estos claustros.

Hubiera deseado que cada labio absorbiese estremecido el vino cordial de la amistad espiritual, brindado por vuestros maestros en el cáliz consagratorio, y en ese mismo momento inundados de fé y de esperanza, pronunciéis el voto de servir con heroísmo los sagrados intereses de la Patria y de la humanidad.

En estas últimas palabras, jóvenes bachilleres, he condensado el sentido de vuestra acción futura. Y no podéis obrar de otra manera. El Colegio, que es una síntesis de la Patria misma, os ha dado en el cielo de sus disciplinas, la formación de vuestro acervo espiritual y una visión suficiente del mundo.

No consintáis ni que se pierda, ni que se os arrebate esa gema que habéis tallado con vuestros afanes. Aún sus facetas no están suficientemente terminadas, ni la geometría de sus formas es perfecta. Les falta pulimento en todas sus direcciones. Esa labor es lenta y progresiva, exige delicadeza en los propósitos y permanentes esfuerzos en una atmósfera de entusiasmo y de fe.

Pero toda esa conjunción de valores que integran un alma, un corazón, una vida, es de acción dispersa o negativa, si no posee en su vértice director, el carácter como virtud sustantiva. El carácter, esa virtud que lo realza en definitiva al hombre en la sociedad, se sobrepone a las sugerencias de las pequeñas y grandes vanidades e intereses; enriquece y da fuerzas de estímulo al pensamiento creador; que consiste en alcanzar jerarquía en los propósitos y en los ideales, determinantes éstos de su vida misma.

La posición de la juventud, hoy más que nunca, es de lucha, de cruenta lucha. La Patria exige la presencia de corazones límpidos, que interpretándola en su tradicional concepción y en el sagrado credo de sus instituciones, colaboren para engrandecerla en la cruzada que ostente como pendón, los supremos ideales esculpidos en granito imperecedero por el Gran Capitán.

Cada espíritu que se albergue en un hombre —y aquí el vocablo hombre alcanza la plenitud máxima de condición humana—, y que haya escuchado siquiera una vez la voz de la Historia, la voz viviente de nuestros muertos y se haya sumido en su propio ser para sentir y meditar, al amparo de un sagrado silencio de evocación y de amor, el proceso histórico que la lucha, el dolor y la esperanza de nuestros padres prologaron, para después consolidar para nosotros y para la posteridad, esta Patria de estirpe heroica; ese espíritu, digo, si es movido por la dignidad del varón que se siente heredero en la sangre y en las ideas de los próceres y de la epopeya americana, incorporará a sus potencias creadoras, el verbo humano y divino del contenido de libertad y de dignidad ciudadana que es la esencia de aquella epopeya.

La herencia hay que saberla adquirir para poderla conservar. No basta heredar. Es necesario conocer y comprender su total origen para asegurar la posibilidad de mantenerla.

La herencia de libertad, excelso principio, condensada en nuestras instituciones republicanas, que tiende a que sea cierto, eficaz y grande la obra del espíritu; permite que las acciones del hombre con sus semejantes se cumplan adecuadamente en la medida del bien y de la verdad; acerca los espíritus en el campo de las ideas y deja

que las alas de la imaginación creadora se extiendan en un alarde de grandeza y de heroísmo.

Bajo la excelencia de su sentido, el hombre alcanza su plenitud en la convergencia de los valores de la razón y de la fe; en la exteriorización de su intelecto sin fronteras, adquiere dignidad, porque respetado a sí mismo en la libertad que lo ampara, respeta las ideas de los demás.

Completad vuestra cultura con la decisión impertérrita de mantener vivo ese generoso bien que viene de Dios y vuelve hacia El en la obra de amor que realizamos y que os permitirá alcanzar día por día, el honor de servir a la Patria en cualquiera de los destinos a que seáis llevado por la vida.

El Instituto de Duarte os pone frente al portal de la vida. Habéis recibido una formación cultural asimilada desigualmente, según las modalidades de cada espíritu. Cada ser es un universo distinto, y esa desigualdad anticipa múltiples direcciones. Pero hay algo que debo recalcar y que no debéis olvidar cualquiera sea el camino elegido: la unidad en la interpretación de la vida en la fecunda enseñanza humanista que condiciona los estudios. Esa enseñanza, fundada en la cultura antigua y universal, nos permite sentir lo que nos rodea con un criterio de eternidad, afirmando que todo el progreso se apoya en postulados de comprensión, de generosidad, de tolerancia y de altruismo.

Habéis nacido entre dos guerras que han conmovido los cimientos de todas las civilizaciones. Guerras totales donde ha participado en una u otra forma el género humano. Lleváis incorporados a vuestra sangre el dolor, la pena, todas las fases de un ciclo convulsivo, cruel pero grandioso. El dolor de llorar se enerva día a día ante la continuidad de la inmensa angustia que aflige al mundo ahito de sombras y crespones.

Sois la juventud, el índice máximo y excelso de la vida, y no podéis hacer el camino sordos a los llamados del ideal. Para alcanzar este ideal, un imperativo de orden superior os lleva necesariamente a la lucha. La lucha es la condición suprema del varón y la condición suprema del progreso de la humanidad. El quietismo de la sensualidad y el halago de la contemplación beatífica del espectácu-

lo del mundo son indignos de ser mirados como la estrella polar de la juventud.

Es necesario contemplar de frente, sin torceduras hipócritas, ni silencios cobardes, el momento histórico actual.

Intentemos de algún modo entender el proceso que vivimos. Procuremos descubrir nuestros verdaderos deberes intelectuales y morales en esta hora decisiva que está sonando y en la que va a sonar mañana. “El presente nada sería si no fuese el padre del porvenir, y nada valdría esta jornada si no la ilusionara la esperanza de las auroras que no han brillado todavía”.

Ahora bien: pertenecéis a la prosapia del Monserrat. Lleváis el alma impregnada de una cultura que tiende a hacer de vosotros hombres de bien. Autoridades y maestros en lenta y segura acción han servido con sincero amor a esa modelación de vuestro intelecto y os dicen conmovidos en esta hora feliz de la consagración que seáis en la marcha soldados en la belleza y con Lugones, el poeta insigne: “todo estado superior de belleza, verdad o bien: amor, sabiduría, heroísmo, liberta en el barro carnal las alas recónditas”.

Sed vosotros mismos uno y cada uno en el infinito morir de los días, y que cada día, os encuentre mirando la nueva aurora con el espíritu más joven y más impetuoso y más humano y más tolerante y más bueno.

No os dejéis aprisionar en el conglomerado fatal de la masa, donde el ser humano se despersonaliza, se dispersa para mejor decir y expulsa de su alma aquello que es grande en él: la presencia de Dios.

La masa lo incita a uno a perderse, ahoga el yo y lo hunde al hombre en la irresponsabilidad y la frivolidad. Ella nos hace huir de nuestra propia persona y disuelve nuestros actos en la redoma de su inconsciencia.

Es el lugar de cita de los hombres que han olvidado su vocación, que han perdido la dirección de su verdadero camino y donde todos son nadie... El hombre empujado por sus complejos de culpabilidad y huyendo delante de la confesión de sus faltas, entra en el conglomerado informe donde se siente seguro por haber perdido la

personalidad y por haberse metamorfoseado en el anónimo. Ha caído irremediabilmente de la eminencia de su potestad.

“Si fractus illabatur orbis
impavidum ferient ruinae”

“Si el orbe entero se desplomara
las ruinas caerían sobre un hombre de pie”.

Así concebía el poeta de Venusa al varón justo y tenaz en su propósito de bien. La imagen que admirásteis en el verso inmortal sea vuestro emblema y vuestro lema, en las batallas de la vida. Con él alcanzaréis la más grande victoria, para vosotros y para la Patria, la victoria moral”.

DISCURSO DEL BACHILLER JOSE A. SOSA CASTELLANOS

“Al penetrar por vez primera en esta casa de los solemnes claustros, cargados de siglos y de historia, una honda emoción embargó mi juvenil espíritu.

Desde los vetustos muros de su sala rectoral, la figura de mi abuelo, que la rigió tan largos años con entrañable amor, parecía augurarme, en el mirar profundo de sus paternas ojos, que en ella dejaría yo también mis más puras añoranzas.

Ese ancestral augurio, que en el correr de los años ha tomado forma en la realidad interna de mi ser, me ha impedido rehusar —aunque consciente de la debilidad de mis palabras—, la difícil misión con que me ha honrado el Sr. Rector, de hablar en este acto en representación de los nuevos bachilleres, para poder expresar, con palabras sencillas pero llenas de unción, nuestro reconocimiento y el adiós cariñoso y melancólico a esta casa de Duarte.

Quisiera en este instante que la elocuencia guardara íntima relación con el tono afectivo del espíritu; si así fuere, mis palabras tendrían la belleza de las grandes oraciones, pues tengo aquí el cometido de exteriorizar los vibrantes latidos de almas embargadas por el más noble de los sentimientos humanos: la gratitud.

Sea ella para Vos, Sr. Rector, que con vuestros múltiples talentos honráis este Colegio consagrado, para honor nuestro y del país, a los más altos intereses de la cultura.

Para vosotros, Señores Profesores, que modelásteis con saber y con dulzura, nuestra mente y corazón, y que nos habéis conducido con acierto por los tortuosos caminos de la ciencia, hacia el conocimiento de la Verdad, o por las sublimes cumbres del arte, cultivando en nosotros el gusto de lo bello, y siempre dentro de las rectas directivas de la Moral cristiana, en la práctica de la virtud y del honor.

Con ello habéis realizado, de acuerdo a los principios de la cultura humanista, nuestra básica formación intelectual, sobre la que ha de reposar la estructura de nuestros conocimientos técnicos futuros.

No temais que estos sentimientos de gratitud reflejen sensaciones fugaces del momento; ellos han de perpetuarse junto al culto de este colegio, donde dejamos un pedazo incomparable de nuestra vida, embellecida por afectos perdurables.

No ha de ser el menor incentivo a nuestro esfuerzo, velar porque germine la semilla que pusísteis en nuestra inteligencia, al cuidado de la obra que cinceláis, infatigable y diariamente, con vuestra vida y alma de maestros y patriotas.

La Primavera asoma a este recinto, para adherirse con su deliciosa brisa y el esplendor de sus flores, a la alegría de nuestra celebración, también plétórica de ilusiones y esperanzas, hoy un tanto movedizas y superficiales, pero fija la mirada en los deberes del mañana, cuando suene la hora de darnos sin restricciones a esta Patria magnífica, bajo la enseña de sus prestigios seculares.

Bien he pensado que este segundo hogar habrá de sonreírnos, como nuestro propio hogar, como la madre amada de la Providencia infinita, cualquiera sea el sendero que la existencia nos depare en los interrogantes del porvenir.

¡Gloria pues, a nuestro Colegio prócer!, con sus banquetas, sus mapamundis, sus pizarrones y toda la herramienta de la siembra perfecta y la cosecha de oro.

¡Gloria a su excelsa Patrona!, mentora y guía segura de todo lo que de noble y bello cobija nuestro ser.

Y a vosotros, camaradas, los eslabones de acero de una cadena irrompible, la de haber sido condiscípulos fraternalmente unidos, en la santa y dulce Madre de los escolares de Montserrat.

Y con nuestro gran poeta
no vayamos a olvidar:
“que si amargo desaliento
“perturbare nuestro afán,
“encendamos los recuerdos
“y volvamos a cantar,
“por la Patria y en la Patria
“con la luz del Montserrat”.

CONFERENCIA DEL PROFESOR DOCTOR IGNACIO MALDONADO ALLENDE

En el Salón de Actos del Instituto de Humanidades, el 3 de Octubre, el profesor Dr. Ignacio Maldonado Allende, pronunció una conferencia acerca del tema “Ideas actuales sobre Fisiopatología Hipofisaria”.

La palabra galana y siempre acertada del distinguido orador, fué seguida con singular atención por la numerosa como calificada concurrencia que se hizo presente en este acto, mereciendo una cálida ovación al dar término a su brillante exposición.

LA UNIVERSIDAD HONRO A SU PATRONA

La tradicional función religiosa que la Universidad Nacional de Córdoba, hace celebrar anualmente en homenaje a su excelsa patrona, la Inmaculada Concepción, se llevó a cabo el 8 de Diciembre, en la Compañía de Jesús.

Previamente se congregaron en los salones del Consejo Su-

perior Universitario, las autoridades provinciales y universitarias para de allí dirigirse en corporación al templo, que se hallaba totalmente ocupado por una numerosa como selecta concurrencia.

Los sitios de preferencia fueron ocupados por el Interventor Federal en la Provincia, Dr. Juan Carlos Díaz Cisneros; Interventor de la Universidad, Dr. Lisardo Novillo Saravia; Presidente del Superior Tribunal de Justicia, Dr. Raúl A. Orgaz; Presidente de la Cámara Federal de Apelaciones, Dr. Miguel A. Aliaga; Ministro de Hacienda, Dr. Hugo Oderigo; los Delegados Interventores de las tres Facultades, etc. El personal directivo de los institutos dependientes de la Universidad, como así también sus profesores, ocuparon los escaños centrales de la Iglesia.

La Misa fué seguida con profundo recogimiento y luego del Evangelio, ocupó la cátedra sagrada, el Rector del Seminario Metropolitano, Presbítero Dr. Filemón Castellanos, quien pronunció una enjundiosa pieza oratoria.

ORACION DEL PBRO. DR. FILEMON CASTELLANOS

SEDES SAPIENTIAE — ORA PRO NOVIS.

SEDE DE LA SABIDURÍA — ROGAD POR NOSOTROS.

¿Soñó alguna vez aquella humilde muchacha de Nazaret, María, que los siglos futuros habían de aclamarla como Madre salvadora de la humanidad, que universidades famosas por una recia historia de saber y de investigación habían de gloriarse con su nombre y advocación y que artistas y poetas construirían los unos la filigrana de sus poemas en piedra, que son las catedrales góticas, mientras los otros vertiendo su emoción religiosa y estética en palabras de valor imperecedero, la harían fuente perenne de inspiración y de belleza?

Es verdad que guiada por divina ilustración, al encontrarse con Isabel la Madre del Bautista, ella cantó en lenguaje ceñido su historia de engrandecimiento por obra exclusiva de Dios, que confunde a los soberbios y ensalza a los humildes. Es verdad que al final de su canto ella previó que los generaciones venideras la llamarían

“bienaventurada”; mas no sabemos la extensión y profundidad de su visión profética. Pero es probable que si la doncella de Nazaret volviera a la tierra y contemplara cómo su nombre es glorificado en todos los confines del mundo y que no hay región sin un templo en su honor, ni pueblo que no la aclame como benefactora, ni hogar cristiano donde su imagen no presida las sonrisas de los niños y los afanes serios de los padres: es probable, repito, que ella entonara un nuevo “magnificat” de agradecimiento al Señor de todo lo creado, que obró en su límpida, pero pequeña creatura, la maravilla de tan grandes cosas.

En este día en que la Universidad de Córdoba del Tucumán siguiendo la trayectoria de una vieja tradición la venera como Patrona al igual que la Universidad Católica de París, la Catholic University de Wáshington y Notre Dame de Indiana, meditemos unos momentos sobre el lazo de unión que vincula a la Madre de Jesucristo con la solemne majestad de nuestra primera Casa de Estudios.

Tal lazo de unión no es otro sino el fundamental, la raíz de todas las perfecciones y privilegios de María, a saber: el hecho augusto, único de que ella es la Madre del Verdadero Maestro, porque es la Madre de la única y absoluta Verdad: Jesucristo Nuestro Señor.

Ahora bien, la Universidad debe ser un santuario de la Verdad, donde sus sacerdotes la amen por sobre todas las cosas útiles y provechosas, con el desinterés de un místico y la paciencia tesonera del buscador de oro, que horada las entrañas de la tierra y remueve las montañas para contentarse al final de la jornada —y eso en el caso de una búsqueda exitosa— con una partecita ínfima del brillante metal.

¿Cómo podría, pues, una universidad, que quiere ser tal, y no un simple semillero de verdades parciales e hipótesis de trabajo o un puro laboratorio de técnicos sin alma, olvidar la Verdad Suprema, centro histórico y moral del mundo, cima altísima de perfección espiritual: Jesucristo?

Es inútil querer borrarlo de un plumazo diciendo que El es tan sólo el jefe de una religión, como Buda o Mahoma, pero que

sin El la historia y las ciencias hubieran seguido su curso inalterado, sin variantes de consideración.

“Su memoria se encuentra en todas partes —dice Juan Papini, en el Prólogo de su Historia de Cristo—. En las paredes de las iglesias y de las escuelas, en la cúspide de los campanarios y de los montes, en los nichos de las calles, a la cabecera de los lechos y sobre las tumbas, millones de cruces recuerdan la muerte del Crucificado. Raspad los frescos de las iglesias, removed las maderas de los altares y de las casas; y la vida de Cristo llena los museos y las galerías de arte. Arrojad al fuego los misales, los breviarios y los eucologios y hallaréis su nombre y sus palabras en todos los libros de la literatura. Hasta la blasfemia es un involuntario recuerdo de su presencia”.

¿Cómo podría enseñarse el Derecho, sin recordar el aporte de humanidad que trajo el Cristianismo a las leyes un tanto frías y geométricas del Derecho Romano? ¿Cómo podría pasarse por alto la enseñanza sublime de Jesús acerca de la igualdad y fraternidad de los hombres —fundadas no en conveniencias accidentales, sino en el hecho luminoso y filosóficamente demostrable de la Creación? Y una creación dirigida no a un utilitarismo, absurdo en el caso de Dios, sino una creación de amor, de benevolencia, una superabundancia de generosidad, que así como sembró de luceros los firmamentos, organizó sabiamente el mecanismo ingente de los mundos celestes e hizo nacer estrellas en el corazón de los santos y puso resplandores de sol en el cerebro de los genios?

¿Cómo podría explicarse Biología sin pensar con detención en aquel fraile augustino Gregorio Mendel, que en la soledad de su convento, dialogando con las plantas y las flores, a fuerza de pacientes investigaciones descubrió las leyes de la herencia, que abren un mundo insospechado a los exploradores de esas zonas del saber?

¿Quién sería capaz de penetrar en el dominio de las ciencias naturales, sin tributar un respetuoso homenaje a ese gran domínico, maestro de Santo Tomás, Alberto Magno, trabajador de la primera hora, de quien decía Anatole de Moizie, ministro de Instrucción Pública en Francia en 1932: “que había sido un hombre superior, el primer enciclopedista de la historia”?

¿Dónde estaría el progreso gigante de la Medicina moderna sin el concurso de ese modesto bretón Luis Pasteur, cuyo último gesto consciente en esta tierra fué estrechar y besar efusivamente la imagen del Crucificado?

Y ¡qué poco quedaría, señores, del enorme conjunto de Ciencias Morales, Filosóficas y Teológicas si, por un imposible, pudiéramos arrancar de cuajo de las bibliotecas las obras de los Santos Padres y Doctores, si los nombres de Agustín y Boecio, Orígenes y Jerónimo, Tomás de Aquino y Escoto, Buenaventura y Suárez, Vitoria y Leibniz fueran denominaciones de entes de razón, y no de personalidades vigorosas, que han dejado huellas muy hondas, dondequiera penetró la fineza de su espíritu y su indomable voluntad de trabajo?

Y si del campo de las ciencias pasamos a las artes, es verdad, señores, que tenemos construcciones bellísimas de valor imperecedero como el Acrópolis de Atenas, los foros romanos, los acueductos y vías militares, los arcos triunfales y obeliscos; pero, ¿dónde estaría sin Cristo y su Madre la inmensa y gloriosa Basílica de San Pedro, ingente museo viviente, donde el talento humano acumuló tesoros de pintura y escultura para elevarlos en un gigantesco esfuerzo y en maravilloso equilibrio de proporciones, colores y formas hasta la misma majestad de Dios?

Y ¿qué decir de esa maravilla de maravillas, la novedad del siglo XIII —siglo de oro en la marcha de las edades— la Catedral Gótica? Allí están imponentes, erquidas, sublimes: Nuestra Señora de París, de Chartres, de Amiens, de Reims; y Colonia, Milán, Burgos: obras magníficas de fe en el Señor y en la Señora María.

La fe ardorosa de aquellos hombres supo vencer los problemas técnicos más arduos. Un escritor de nuestros días, profesor de la Sorbona, Gustavo Cohen, autor de un pequeño pero hermoso libro titulado "La gran claridad del Medio-Evo", describe el estado espiritual de aquellos artistas creadores, que por vez primera soñaban la Catedral Gótica:

"¡Qué alucinación más hermosa! — dice—. Pero, ¿podría ser realizada? No iban, acaso, a desmoronarse sobre el pueblo fiel reunido y hormigueante aquellas bóvedas en cruz de ojivas, substituidas

al techo carolingio y a los pesados arcos romanos? ¿Cuántas columnas en haces eran necesarias para sostenerlas y arbotantes exteriores para apoyarlas? ¿Cómo abrir los muros para hacer entrar a chorros la luz, sin disminuir la solidez; dar la impresión de lo cerrado y de lo inmenso, hacer entrar el cielo en el asilo de Dios y permitir la evasión de las almas hacia El? Y esos grandes rosetones, una vez creados, cubrirlos de nuevo para tamizar la luz, descomponerla, jugar con los colores después de haber jugado con las curvas, las formas y los ritmos para que la fiesta fuera completa y el zumbido de las plegarias, las melodías de los himnos y motetes alegrasen los oídos mientras los colores encantarían a los ojos a fin de llenar los corazones de plenitud y de belleza! He ahí la gran claridad del Medio-Evo!''.

Las catedrales góticas y las Sumas Teológicas constituyen cumbres del pensamiento y arte humanos y ambas glorifican al Hijo y a la Madre. No olvidemos que el rosetón norte de la Catedral de París, formado por vitraux del siglo XIII es todo un poema teológico, donde la majestad del Antiguo Testamento con su corte de Patriarcas y Jueces y Reyes se dispone en constelación multicolor y brillante alrededor de la Virgen Madre.

Y si del tipo de arte escultórico pasamos al arte pictórico, ¿acaso no es verdad de sin María la pintura hubiera perdido una de sus rutas triunfales, jaloneadas de tesoros reberberantes de emoción y sublimidad? ¿Cómo no recordar aquellas Madonnas de Rafael, llenas de una gracia divina y humana, que esmaltan todos los grandes museos europeos, y han hecho del Pintor de Urbino una de las figuras de mayor relieve en el mundo entero? Madonnas de Fray Angélico y Guido Reni, severas, recatadas, solemnes o místicas; a veces alargadas y misteriosas, como en el Greco... Inmaculadas de Murillo... llenas de sol, arropadas de celeste y blanco, volando por los espacios etéreos en un enérgico movimiento de abandono de la tierra y ascensión rápida hacia los cielos...

La humilde Virgen Nazarena ha servido de tema inagotable, donde los hombres del color y de la forma han encontrado motivos grandiosos desde la confección del más alto tipo de belleza espiritual y corporal, que imaginarse pueda, hasta las expresiones más

agudas del dolor humano, como en aquella "Piedad", de Miguel Angel, donde los ojos preñados de lágrimas y los brazos abiertos de la Madre se levantan al cielo implorando fortaleza y ayuda, mientras de sus rodillas cuelga exánime y magullado —verdadera píl-trafa humana— el cuerpo de Aquel que fuera el más hermoso de los hijos de los hombres!

Y ¿qué decir de la literatura? Sólo baste recordar que dos de las más pulidas joyas de la literatura universal son, en su inspiración y desarrollo, marcadamente teológicas: "El Paraíso Perdido", de Milton, y en especial la inmortal "Divina Comedia", de Dante Alighieri.

En resumen, señores, sin Cristo y sin María la historia del mundo occidental en lo que tiene de más elevado y grandioso, de más humano y de más divino, aparece trunca y sin finalidad. Arrancar a Cristo, quitar a María, es romper la columna vertebral de nuestra civilización.

Y es resignarse a no comprender nada de los grandes movimientos universalistas, como las Cruzadas, que aun cuando en su realización tuvieron graves defectos, en su intención eran cristalinos, a saber: rescatar el sepulcro donde reposara el Señor Jesús de manos de infieles hijos de Mahoma y restituir a los cristianos aquella tierra árida, pedregosa de Jerusalem y Jericó y Belén y Samaria; y aquella otra más sonriente como las orillas del Mar de Galilea o la bella Nazaret donde Nuestra Señora tenía su morada y José el Padre Putativo tenía instalada su carpintería, y donde Jesús construyera, con aquellas manos adorables que hicieron el mundo, los humildes muebles, que todavía se admiraban en el siglo II, al decir de San Justino.

No se comprendería tampoco la aventura de la Conquista Española que tuvo, a pesar de fallas y errores, un pristino sentido misional tan estupendo, que bien se puede decir que las velas de Cristóbal Colón, más que hinchadas por la osadía y el ansia de lustre y de dinero, eran sacudidas por el huracán aguijoneante e irresistible de la Fe.

Y lo que suena peor todavía, y de más turbio porvenir aparece, es una especie de minusvaloración del Cristianismo o algo como co-

bardía en la Fe, que por una pseudo-libertad de conciencia no quiere que se diga o que se enseñe lo que es Cristo, lo que es María en la Historia so pretexto de no herir susceptibilidades, como si ocultar la verdad falseándola, pudiera servir alguna vez los legítimos intereses de la cultura o convivencia humana.

Occidentales somos plantados en este lado de la Cruz y toda nuestra vida está impregnada de savia cristiana. Lo queramos o no lo queramos, todo lo sustantivo en nuestras instituciones, en nuestros hogares, en nuestras ciencias y en nuestro arte, tienen una profunda raigambre evangélica, porque no en vano veinte siglos de Cristianismo han plasmado una segunda naturaleza, un modo de ser substancial, que trashuma respeto y amor a Cristo y veneración filial por María.

Reconocer esa verdad es de lealtad científica. Hombres de todas las creencias y razas, como Taine y Renán en el siglo pasado y como Jaeger, como Adler, como Carrel, como Cohen en este siglo, lo han hecho en forma magnífica.

Nuestra vieja Universidad, nacida del celo apostólico de un gran Obispo, como tantas otras famosas universidades del viejo mundo, lleva en su nacimiento y desarrollo marcado con caracteres indelebles el sello cristiano.

Aun más, en su escudo de armas, debajo del nombre de Jesu-Cristo, lleva la divisa de San Pablo: "Ut portet nomen meum coram gentibus, para que sea portadora de mi nombre al través de las gentes". ¡Bendita sea la misión sublime de la Universidad de Córdoba! Junto con el saber experimental y filosófico, con las técnicas más perfeccionadas, y los métodos científicos más seguros, alejada de todo estancamiento que es muerte, y de todo favoritismo que es degradación, lleve en lo más profundo del alma para trasmitirla como preciosa herencia, a todos sus hijos —si es posible— una lección de espiritualidad: el nombre y la verdad de Jesu-Cristo y el amor y homenaje a la Madre Augusta, que es sede de la Sabiduría y Señora de las Ciencias!

De esa manera seguirá siendo fiel a su misión histórica: formadora de hombres de saber integral; inteligencia y corazón; técnica y cultura general; Ciencia y Sabiduría. ¡Que la Virgen Inma-

culada, Patrona de la Universidad, haga que este ideal se realice plenamente y se mantenga para bien de la comunidad argentina en la armonía de la comprensión mutua y del amor a la justicia y a la verdad! Así Sea.

CLASE EVOCATIVA EN EL COLEGIO NACIONAL DE MONSERRAT

En el Colegio Nacional de Monserrat, se llevó a cabo el 9 de Diciembre, un simpático acto que adquirió contornos de particular significación.

Un grupo de bachilleres egresados de las aulas del histórico Instituto hace un cuarto de siglo, resolvieron reunirse en una clase evocativa, renovándose con este motivo, los amables recuerdos de las horas juveniles, pasados bajo el amparo de las arcadas centenarias.

Presidió la ceremonia el Interventor de la Universidad, Dr. Lisardo Novillo Saravia y asistieron además, el Ministro de Gobierno de la Provincia, Dr. A. Walter Villegas, el Rector y Vice del Colegio, Ing. Rafael Bonet y Dr. Valeriano G. Torres, respectivamente, y un numeroso grupo de profesores y de invitados especiales, como asimismo familiares de los egresados.

Dirigidos por su ex-celador, el actual escribano Sr. Enrique B. Echenique, los bachilleres formaron filas en los claustros para de allí dirigirse al aula, donde tomaron ubicación en los bancos que habían ocupado hacía 25 años. Al tomárseles lista, contestaban "presente" y al nombrarse a los fallecidos, uno de sus condiseñpulos respondía: "Ausente en la Eternidad".

El profesor Dr. Enrique Martínez Paz, ocupó luego la cátedra, pronunciando una clase magistral. Tuvo palabras de delicado recuerdo para las épocas vividas en común, para luego referirse a la función de las "élites" en la sociedad de nuestros días. Sus palabras fueron escuchadas con profundo recogimiento y al finalizar su disertación fué largamente aplaudido.

Le siguieron en el uso de la palabra los ex-alumnos señores Luis Orellano y Godofredo Lascano Colodrero, quienes tuvieron cariñosas expresiones al referirse a los compañeros desaparecidos, siendo ambos calurosamente aplaudidos.